

Patricia Stambuk Mayorga

EL JUEGO Y EL FUEGO DE LAS PALABRAS

Discurso de recepción de don Luis Barrera Linares
como miembro correspondiente por Venezuela

Esta bienvenida al escritor y lingüista don Luis Barrera Linares, Individuo de número de la Academia Venezolana de la lengua, debiera empezar al menos con sus principales datos curriculares, consciente de lo útil que sería compartir con los presentes su notable trayectoria, desarrollada mayoritariamente en su país de nacimiento y continuada en Chile desde el 18 de septiembre de 2017.

No obstante, la lectura de sus cuentos y de sus crónicas malhumoradas, como él ha llamado a sus artículos en diversos diarios de su país, ha sido tan reveladora de sus intereses y esencias, de todo lo que él es, siente y sabe, que me permito privilegiar en este breve tiempo su faceta literaria: la singularidad de sus "*Cuentos breves y bravos*", sus vigorosas y airadas "*Dudas melódicas*" en la prensa venezolana, y a vuelo rasante algunas de sus novelas. Me eximo de incursionar en su vertiente de lingüista, su "lado serio", como él aclara, porque me fascina, sorprende y también acomoda ese lado menos serio, que es el mío, el de la literatura y la comunicación masiva. Y tiempo habrá en nuestra Academia para beneficiarnos de su erudición en asuntos de lexicografía, psicolingüística y tantos otros temas contenidos en sus publicaciones y ponencias.

A través de las *Dudas melódicas*, de 14 libros de creación literaria y una abundante producción académica, Luis Barrera ha divulgado su pensamiento sobre lengua y sociedad, vertiendo talento, cultura y osadía en medios especializados y de comunicación masiva. Las crónicas abandonaron el papel y emigraron a su blog personal.

En sus escritos se advierte una marcada afición a revolver el abecedario con picardía, más un poquitín de maldad refinada y un evidente espíritu crítico que se asoma en cada tema. El juego que realiza con las palabras recuerda al trampantojo de la pintura y el diseño. Así como el trampantojo, hermosa palabreja, intenta engañar a la vista jugando con el entorno arquitectónico por medio de diversos efectos, nuestro académico desconfigura las palabras, las retuerce, jugando por lo general con sus sonidos, pero cambiando por completo el sentido del vocablo original. Es casi un vicio de autor. Un psico-cacófono-ludismo-lingüístico, si me aceptan la rimbombante clasificación; un juego semiserio con las palabras, a las que somete - digo bien, somete- a cambios intencionados, con propósitos muy definidos. Ciertos personajes no son connotados, son “sinnotados”. Advierte sobre la obsecuencia de algunos “*horroris causa*”, reconoce la “tuitertura” y las “notuitcias”, así como el machismo leninismo o el feminismo leninismo; inventa el punto y apártese, el gorrón y cuento nuevo y los “cobayeros” andantes. De allí el título con que presento esta cálida bienvenida: *El juego y el fuego de las palabras*.

Pero crear sus ácidos cuentos *Breves y Bravos* no es solo un acto lúdico. Es usar las palabras, el idioma, como armas tóxicas -para emplear una palabra de moda- destinadas a “hacer el humor y no la guerra”. Es un lingüista de humor crónico, que dispara adjetivos como buen artillero en su arremetida contra los *egoliteratos*, que conoció y describe al revés y al derecho con mordacidad, sarcasmo y hasta desprecio después de haber convivido con tanta estrella fatua de las letras mientras fue editor y destacado crítico literario.

Habiendo sufrido más de una vez el rechazo a sus juicios sobre las obras de ciertos colegas, concluye Luis Barrera que “la crítica parece ser un callejón sin entrada”. Lo leemos develando, o más bien destripando la farsantería, vanidades y oportunismo de un mundo que es también el suyo, confesando desde su estatura física más bien pequeña que “debido a mi peso pluma, solo me atrevo a dar golpes de tinta”, aunque a decir verdad, no hace muchas fintas en su

cuadrilátero de papel, más bien da el paso seguro al frente y se lanza al clásico uno-dos sin miedo. Hay que denunciar que también se esconde a menudo tras la figura de su tía Elodia, que aunque pequeña de estatura como él, es recia, deslenguada, parlanchina, astuta y explosiva. Médicos y funcionarios no se escapan de su lúdica crítica. Los avatares del país, de todo país, asoman entrelíneas y páginas.

Leo, desde su cuento *Micción imposible*.

“Había salido de mi apartamento empujado por el hábito que tenemos los seres humanos de unirnos a las revueltas sin saber por qué lo hacemos ni cuál sea su meta. Es el instinto de la manada, el síndrome del cardumen, la marca biológica de la recua, el espíritu de revoltosos que nos anima y nos acerca a las voces que protestan por algo, huyen de algún peligro o van en busca de lo que suponen deben defender. Como cuando en las ferias o en los paseos peatonales hacemos público a payasos ambulantes, saltimbanquis y vendedores de equipos milagrosos o remedios definitivos. Casi solidaridad grupal que empuja hacia la turbamulta, en defensa o ataque de algo o alguien que puede ser o no conocido. O igual que participamos llevados por la furia en un linchamiento del que solo tomamos conciencia luego de que ya no hay vuelta atrás y el cadáver de la persona agredida luce yerto sobre el piso”.

En el terreno de la suave irreverencia, alcanza incluso a su propia casa, que es también la nuestra, cuando cita a Rubén Darío con su cáustica frase: “De las academias, líbranos señor” y acomete contra los talibanes del idioma. Con ese impulso, se resiste a remplazar la v corta, de vaca, por uve -o “uvre de vaca”, dice-, y aprovecha de crear palabras, pero también de lucir las propias de su tierra, bien plantadas, sin timidez y que me obligaron a consultar cada tanto el DLE para comprobar si habían sido incluidas. Y muchas lo habían sido. Ni más ni menos que más de 3.000 venezolanismos tan encantadores como “buchiplumas” están en el repertorio lexicográfico, aunque siempre nuestro diccionario de la lengua española irá al debe con tanta creatividad y diversidad sudamericana. Es que la vaina es picardiosa, las esperaderas son para arrecharse y los chamos y charleros siempre agregan palabras nuevas. “Las lenguas no son cuerpos inertes ni cementerios de palabras y frases a las que podemos

embalsamar, resucitar o sepultar cada vez que se nos antoje”, escribe mientras defiende el buen hablar de un español que adora y que monta con bríos.

La picaresca lingüística -por darle un nombre- es otra vertiente de una escritura sin complejos de Luis Barrera que es lejana a nuestros usos y costumbres, más eufemísticos y escrupulosos o más pitucos que los de la “padre matria”, por ponernos a tono con sus juegos de palabras. Con esa “padre matria” me acerco además a su interés por los avatares del género y lo no binario en este siglo XXI, interés tan atrevido que incluso embaraza a un varón en una de sus novelas, a dos, en realidad: *Parto de Caballeros* se titula. Merodea también sin miramientos en lo escatológico, porque considera que “negar las escatologías, aparte de ser nocivo para la salud, idiotiza”.

Para nuestro nuevo académico correspondiente, los cambios lingüísticos, como la duplicidad lexical, no se decretan. Y ante los extranjerismos, anota: “ni purismo fanático ni anglofilia incondicional”. Solicita, no obstante, que no se nos escape la liebre lingüística. En el universo de los especialistas pueden parecer conceptos obvios, pero Luis Barrera los ha comunicado en forma temprana, muy comprometido con su amor y pasión por la lengua española y sobre todo con el gozo de hacerlo con el sabor y color de su parte caribeña de continente. ¿Cómo explicar lo que es para un venezolano el color de mono corriendo? ¿O los colores zapote, mamey o guayaba?”

En resumen, en sus libros luce osado, palabrero, mordaz, chistoso, ingenioso. No por nada el profesor pasó en sus años mozos por Los Puertos de Altagracia. Sin duda, gracia tiene, aunque en realidad es maracucho o maracaibero de nacimiento y caraqueño por elección.

Su libro de cuentos *Certificado de yacimiento* nos muestra con crudeza la Venezuela rural, con pueblos, personajes y escenas surrealistas, donde nos parece ver su propia infancia. Se perfila en esas narraciones, una vez más, el desprecio por las vanidades del mundo, porque al decir de Avila Cuervo, a quien cita,

Las vanidades del mundo
las grandezas del imperio
se pierden en el profundo
silencio del cementerio.

También reflotan en sus historias las ironías sociales ante la culta casta de los petroleros y los oportunismos de los políticos. El relator de las historias, dentro o fuera de las páginas, se autodefine: “He sido de por vida rocolero, arrabalero, burdo, bardo libre, tolerante con el lenguaje, lírico arrojado, juguetón, vate irónico para el combate cínico, desprejuiciado”.

Algunas pinceladas de otro corte sobre su interesante carrera son inevitables antes de cerrar estas palabras y pasar a lo que más nos interesa, es decir, oír las suyas. Profesor Titular del Departamento de Lengua y Literatura, Universidad Simón Bolívar, Caracas, Venezuela., (2011-2015). Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua desde 2005 y su vicepresidente por dos períodos. Coordinador de la comisión de Lexicografía e Integrante de la Comisión Interacadémica que lleva el proyecto de la próxima edición del DLE y el Diccionario Fraseológico Panhispánico.

Es larguísima la lista de comunicaciones, publicaciones científicas y de creación literaria, premios o pertenencia a sociedades científicas y cargos en ellas, exuberancia propia de un intelectual que ha dedicado su vida a dos mundos. “Soy ambidiestro”, nos dice. No me queda más que remitirlos, por razones de tiempo, emulando su buen humor, al enlace:

<https://luisbarrereralinares.blogspot.com>

Solo destacaré dos hechos que muestran la consideración de sus pares: en 2012, bajo la coordinación de César Villegas Santana y con la participación de treinta y dos especialistas venezolanos y de otros países se publicó el libro *Lingüísticos, literarios...y otros estudios culturales. Homenaje a Luis Barrera Linares*.

Y en el pasado 2023 recibió un homenaje de sus actuales colegas de la Carrera de Pedagogía en Castellano, de la Escuela de Artes y Humanidades de la Universidad Católica Silva Henríquez en el acto de clausura del XXIII Congreso de la Sociedad Chilena de Lingüística.

Si bien nos ha acompañado en muchas oportunidades desde que emigró a nuestro país, integrándose junto a su esposa Lucía Fraca en el quehacer cotidiano de nuestra Academia, sin duda esta incorporación alienta lazos más estrechos, colaboraciones de mutuo interés, aportes a nuestra cultura nacional desde sus ricas y sólidas perspectivas y más de una tarea compartida en torno a la lingüística y la literatura.

Nos sentimos honrados de integrar a nuestra Corporación un académico de tantos méritos, reconocido más allá de las fronteras de su país de nacimiento.

Sabemos que algún día regresará a su patria. Hasta entonces, iremos atesorando sus aportes en este caminar por suelo chileno, donde la trashumancia deja huellas, con la humildad y el gozo de ser los pastores de las palabras de nuestra América.

=